



PEDAGOGÍA CASTRENSE

De vez en cuando nos encontramos con algún desahogo en contra de aquellos a quienes se llama «intelectuales».

Y aquí, antes de pasar adelante, conviene distinguir entre aquellos a quienes se les pone ese mote y aquellos otros que se lo ponen a sí mismos, o sea los sedicentes intelectuales. Respecto a los cuales, tiene razón el diputado señor Martínez Campos — que acaso sea descendiente del «héroe» de Sagunto — al decir que «se llaman intelectuales porque no se atreven a llamarse inteligentes». Esta es la fija. Y lo refrenda y corrobora el que esto escribe, que es uno de los que se tienen por inteligentes.

El susomentado señor Martínez Campos, al hablar del estado rudimentario de la enseñanza primaria en la zona de Marruecos, decía que esos que se dicen intelectuales y que presumen de ser científicos en materias de enseñanza, deberían tener la ocurrencia de pedir el cargo de inspectores de Enseñanza en Marruecos, y añadía que se les debería dar «una autorización en blanco a fin de que demuestren de una vez que son verdaderamente intelectuales, y conseguiríamos, si fracasasen, que dejasen de estar dando constantemente el timo al país».

Por lo visto el señor Martínez Campos quiere que se haga con los pedagogos lo que se ha hecho con los caudillos, sin advertir que éstos, los caudillos, han fracasado, y sin embargo siguen dando el timo al país. Y un timo de millones diarios. ¿Pero es que el señor Martínez Campos no sabe que aquí no se fracasa nunca?

Si es, como suponemos, descendiente del «héroe» de Sagunto y de Cuba, no tiene sino estudiar la vida de aquel caudillo de las comendadas.

Pero los pedagogos intelectuales de España no tendrán la ocurrencia de pedir que se les envíe a Marruecos si antes no se creen especialmente preparados para ello. Y una de estas especiales preparaciones es la de saber el árabe vulgar, y si es posible, además, el berberisco del Riff. Porque se nos figura que tampoco a nuestros jóvenes oficiales del ejército se les ocurrirá pedir que se les mande a dirigir una «nía» — lo que es pedagogía castrense — si antes no se han capacitado para ello aprendiendo la lengua de aquellos a quienes han de mandar.

Sin embargo, en el libro del señor Gómez Hidalgo, «Marruecos: la tragedia prevista», hemos leído esto:

«Tras del sistema mortífero de las posiciones y los destacamentos, ha hecho, fiel a su política mal inspirada, que los oficiales de esa policía indígena, que el

desconocimiento de su verdadera misión sitúa en vanguardia siempre que se hacen operaciones militares—unos buenos muchachos, por lo común recién salidos de la Academia de Infantería, que no conocen generalmente el árabe y mucho menos su dialecto el xelja, y que han de tener un criterio por autodidactismo — sean los encargados de exigir obediencia al moro, planteando con su sola presencia al integrismo islamita el frente a frente de la doctrina de Mahoma y la doctrina de Cristo.»

Nosotros creíamos que para mandar a los moros de la policía indígena, lo menos que se exigiría es que el que haya de mandarlos sepa la lengua natural y maternal de los mandados y tenga una idea clara de su religión. Pues sin esto, todo mando será ineficaz.

¡No, señor Martínez Campos, no! Por hoy lo que los pedagogos inteligentes de España deben pedir es que cese esa campaña antipedagógica y antieducativa de Marruecos, y que se acabe el timo de la acción política militar. Y harto tienen que hacer aquí en España los educadores para pedir «ir» a educar a los moros. Tienen que educar aquí a los españoles, sobre todo a los españoles que han de presumir de protectores de los moros.

La honda crisis por que está pasando la milicia en España es una crisis pedagógica, es una crisis de educación. La entrada en filas de mozos salidos de nuestros Institutos y nuestras Universidades, donde por muy mal que se instruya y eduque la inteligencia, no es peor, ni con mucho, que en las Academias militares, eso es lo que ha producido la más honda sacudida del espíritu castrense. Y no se olvide que durante la gran guerra se demostró en los países que tuvieron que improvisarse ejércitos, que los oficiales de originaria profesión civil, los no procedentes de Academias militares, mandaban mejor a los soldados que no los especialistas, los de casta militar a la prusiana. Y se demostró el timo del especialismo profesional castrense. Y aquí en España, donde no hubo guerra, no resultaron más afortunados en sus críticas de ella los profesionales de la milicia.

Lo que los pedagogos inteligentes de España deben pedir es que se eduque y se instruya mejor a los que han de ir a mandar moros mahometanos en Marruecos. Porque está visto que con la bravura no basta. La bravura suele llevar a las veces a botaratadas. Como a aquella de que habló Cánovas del Castillo.

Miguel de UNAMUNO.

